

Avatares de una clausura

Mariana L. Osorio*

...cuales son nuestras salidas... eso sería la clausura...

UNA MONJA.

I

Los espacios por donde transitamos van diferenciándose, unos de otros, a partir de la singular delimitación que los contiene.

Límites contensores siempre necesarios para ubicarnos, situarnos evitando el extravío y proporcionando un sentido, una dirección a nuestros recorridos.

El límite posibilita la diferenciación espacial, sea cual sea el tipo de espacio al que nos refiramos: los hombres se diferencian entre sí al haber un otro que es su límite.

Límites que marcan diferencias: de formas, ritmos, momentos, sentidos y tiempos.

Como condición y posibilidad de ser traspasado, el límite resulta necesario para realizar el pasaje de un espacio a otro, ya que sin fronteras esto no sería posible: "el límite no se da más que para ser excedido"¹.

Al delimitar los espacios se genera diferencia, creándose una distinción entre el interior y lo exterior a sí mismo. Podremos situarnos en diferentes lugares y nuestra lectura, la mirada que tengamos, será consecuencia de la posición donde nos hallemos.

En el universo social, no todos los espacios delimitados permiten un libre acceso o salida; algunos se encuentran circunscritos a límites que vedan su transgresión, prohibiendo el paso, cerrando el pasaje del adentro hacia el afuera o viceversa.

* Profesora investigadora del Departamento de Educación y Comunicación de laUAM-Xochimilco

¹ Bataille George. *El Erotismo*, Edit. Tusquets, Barcelona, 1988, pp. 201.

Límites levantados como interdicción indicando el lugar donde comienza –o termina– un encierro.

Un muro gigantesco, una puerta cerrada, una reja, un candado... símbolos de clausura, del pasaje imposible o prohibido, señales de la dificultad de atravesar un límite implantado.

Pero también es posible habitar un encierro sin puertas ni murallas, habitando sus rincones por desco propio.

Asterión, el de Borges, nos narra su laberíntico encierro: "Es verdad que no salgo de mi casa, pero también es verdad que sus puertas (cuyo número es infinito) están abiertas día y noche a los hombres y también a los animales. Que entre el que quiera. No hallará pompas femeniles aquí ni el bizarro aparato de los palacios pero si la quietud y la soledad"².

Asterión, encerrado en su laberinto, puede franquear las fronteras del espacio donde habita, universo propio, donde su transcurrir tiene un sentido.

"Otra especie ridícula es que yo, Asterión, soy un prisionero. ¿Repetiré que no hay una puerta cerrada, añadiré que no hay una cerradura?"³

Asterión puede cruzar las puertas que lo separan de la calle si así lo descara, atravesar sus límites, salir y entrar. Esa casa es el espacio de su reconocimiento; lugar donde su existir está circunscrito; ahí habita un encierro, voluntariamente. Preso por voluntad propia, preso en ese inmenso, infinito laberinto de galerías y pasillos.

Como Asterión, todo sujeto vive un encierro.

Atrapados en nuestras historias, al reconocer los límites que las circunscriben, sabremos si las fronteras que enmarcan nuestro encierro nos hacen prisioneros involuntarios o si estas reafirman y dan sentido a nuestra voluntad de habitarlo. En el universo social encontramos espacios cuyo acceso o salida ha sido clausurado. Clausuras definidas desde la lógica social, indicando posiciones referidas a los lugares donde los sujetos se encuentran situados. Por ello, la lectura que realicemos y la vivencia que experimentemos sobre un espacio de clausura, dependerá de la perspectiva donde nos ubiquemos.

² Borges, Jorge Luis. "La Casa de Asterión", en: *Ficcionario* Edit. FCE, México, 1985, p.p. 250.

³ *op. cit.* pp.. 250.

Al aproximarnos a un espacio clausurado, desde una posición de espectadores, se presentará ante nosotros como lugar que prohíbe el acceso a su interior. Situados fuera ignoramos qué oculta, estamos excluidos, somos extranjeros a su territorio.

Si nos situamos dentro, habitándolo, suscritos a su ordenamiento pueden darse varias posibilidades; una de ellas es que la salida nos sea vedada (estamos excluidos del afuera, es decir, afuera del adentro del afuera) por ende, el encierro es involuntario, impuesto por otros. Otra posibilidad es que encontrándonos en su interior les sea vedada a otros la entrada al mismo, los de afuera no pueden entrar y desde esta perspectiva lo que se halla clausurado es el adentro, desde el afuera.

Juego entre interiores y exteriores, entre lo que se incluye y lo excluido.

Un límite que desde lo social demarca encierro, acentúa la marginalidad de un espacio que, incluido en el universo de lo social aparece "como si" estuviera excluido del mismo. Su interior representa respecto al espacio del afuera, un lugar donde se repliegan los elementos que al exterior de sí no poseen cabida: sus habitantes, como figuras que hablan de lo social, desde su encierro y sin palabra, son excluidos y recludos, "guardados" en un espacio contensor a raíz de lo cual surge un universo singular, regido por su propia lógica que da sentido y dirección a su existir, aunque siempre se encontrará funcionando sometido a los ordenamientos de la ley que el mundo circundante determina.

Figuras que socialmente aparecen como transgresoras (el loco, el delincuente), siéndoles asignados lugares específicos.

Para ellos hay un tipo de encierro, donde su diferencia es enmarcada y controlada.

Esos "adentros" del encierro, constituyen un mundo propio como espacios de contensión, prevaleciendo una profunda y originaria relación con el afuera. Interiores que conforman lo más interior de lo exterior a sí mismos, lo más adentro del afuera; son secciones excluidas, negadas, pero conforman y contienen espacios nucleares y hablan, desde su lugar olvidado, de las verdades que el universo y lógicas sociales esconden y tapan avalando, a su vez, a partir de sus mecanismos de exclusión.

"Vínculo de una cultura con aquello mismo que excluye, y más precisamente el vínculo de la nuestra con esta verdad de sí misma, lejana e inversa, que descubre y recubre."⁴

Si todo espacio implica límites, como condición necesaria para su ubicación en un contexto, no todo límite es sinónimo de clausura. La condición de un límite radica en que su existencia implique la posibilidad de ser traspasado; si el límite o la frontera transgrede esa condición, se "extralimita" y obstaculiza el movimiento.

En ese caso, el límite va más allá de sí mismo al radicalizarse y desde su demarcación totalizante, inmovilizadora, provoca una apertura hacia el interior del espacio al cual circunscribe, dejando como excluido y marginal aquello situado fuera de sí mismo.

Es así como la clausura se alza ante nuestra mirada como la representación de un límite exacerbado, intransgredible. Desde su interior los referentes externos se diluyen, imponiéndose una particular lógica interior, construyéndose así, un universo singular marcado por la diferencia.

Imagen de una clausura, el habitar de un encierro: un convento de religiosas.

Un alto muro de piedras, un portón de fierro gris, son elementos que demarcan las fronteras que indican donde comienza un territorio, donde termina otro.

Convento de clausura. Terreno silencioso, extranjero para nuestro universo, ubicado para el suyo "del otro lado", más allá de las fronteras y por ende en el afuera de sus límites.

Territorio desconocido, enigmático, nos entreabre su gran portón gris, invitándonos a cruzar sus fronteras y "salir" de este espacio de nuestro habitar cotidiano, para "entrar" al suyo y emprender un sorprendente viaje a través de su laberíntico encierro: travesía al interior de su microcosmos clausurado.

La clausura monacal funciona como espacio de exclusión que vive para su propio universo, generando sus propias leyes, sus propios límites internos: orden singular que sólo puede ser comprendido y ubicado a partir de su especial lógica.

Casa de Asterión, los habitantes del convento circulan, voluntariamente, por pasillos y vericuetos, habitando el laberinto de su encierro. No obstante han clausurado las puertas, erigiendo una

⁴ Foulcault, Michel. *Historia de la Locura en la Época Clásica*" Edit. FCE, México, 1986, Tomo II, pp. 330.

enorme muralla desde donde comienza y hasta donde llega su mundo.

"Cuando entra a la congregación una persona, no siempre desde el principio tiene todo claro... sino que a medida que va pasando el tiempo va viendo más detalles y más cosas que antes no lograba ver."⁵

Inmersión a un nuevo mundo que se va abriendo, desde su clausura, para aquél que ha penetrado en él por propio gusto.

El mundo exterior a sus muros va siendo clausurado, anulado, olvidado poco a poco surgiendo así un sentido propio al interior de la vida conventual. Una dimensión de singulares límites que se va abriendo en su interior, creando un propio adentro, su propio afuera del adentro.

Búsqueda de una clausura total, fin hacia donde son dirigidos los esfuerzos de los habitantes de ese universo; clausura total desde donde se "abre", paradójicamente, su vida interior al clausurarse el exterior, habitando esa casa que, como aquélla de Asterión, "es del tamaño del mundo, mejor dicho, es el mundo"⁶.

II

El lugar donde ha sido colocada la llave al alcance o guardada, en la cerradura de la puerta, por dentro o por fuera, define las condiciones de un encierro, la voluntad de habitarlo o la orden, el mandato de permanecer encerrado.

Voluntad o no, de ser sujeto de exclusión circunscrito a un determinado espacio, fundado en lo social, vinculado profundamente a él y a la vez marginado del mismo. Circunstancias que marcan un habitar, dándole forma y sentido especiales.

En el deseo o no de habitar un encierro se pone en juego un sujeto marcado por lo social, como sujeto de exclusión. Se pone en juego lo activo o pasivo del sujeto en la medida en que sea excluido por otro o se excluya a sí mismo, incluyéndose en un espacio de reclusión.

⁵ Fragmento del discurso de una monja de clausura.

⁶ Borges, Jorge Luis. "La Casa de Asterión", en *Ficcionario*, Edit. FCE, México, 1985. pp. 251.

Como Asterión, hacerse prisionero de un encierro por propia voluntad, implica dos niveles que se encuentran y se tocan; niveles que cruzan al personaje de la exclusión-inclusión voluntaria, atravesándolo como sujeto activo-pasivo de su propia clausura.

Voluntariamente, una mujer se excluye del mundo y se introduce a un convento, clausura un universo de historias del afuera (una vida-otra, pasada y enterrada) para habitar ese nuevo espacio que de ahora en adelante será su casa.

"...que aquí tiene que comprender que usted muere para el mundo..."⁷

El deseo de exiliarse del mundo para integrarse a ese otro, apartado, excluido, implica a la vez "muerte y re-nacimiento", simboliza un acto donde quien se clausura es sujeto activo de su acción, al haber elegido esa opción y dirigirse a la puerta que le "abrirá" su encierro.

Además de elegir, la monja, vive su enclaustramiento como "elegida", porque la vocación religiosa es considerada como un llamado a dedicarse completamente a esa vida y no a otra. Es, por esto, sujeto activo-pasivo de su elección, sujeta a la vocación. Elección, vocación que determina y a la vez es determinada por los avatares de cada historia subjetiva que deja sus improntas en el ser y en el hacer de todo sujeto.

Voluntad de encerrarse, de permanecer encerrado, dirigida a entrar a un espacio institucionalizado, a un universo discursivo que somete a través de su normatividad.

Aquél que por voluntad propia accede a la clausura monástica, habrá de adaptarse y someterse "activamente" a las reglas del juego que ese espacio impone.

La institución empezará a delinear sus improntas en la subjetividad, poco a poco, casi imperceptiblemente.

Quienes acceden a la clausura conventual por voluntad, buscan la pérdida de la misma: todo quehacer será dirigido, voluntariamente, a someterse a los mandatos y voluntad de otro(s). Demanda subjetiva de un lugar que guarde, que contenga, que sea lugar para sí, avalando el deseo de entregarse a la voluntad del otro que aparece como capacitado para sostenerlo. Otro, que es la institución, su discurso y sus representantes.

⁷ Fragmentos del discurso de una monja de clausura.

Perder la voluntad voluntariamente, querer olvidarse de sí, desdibujarse, ponerse en blanco... dejarse hacer y deshacer, son requisitos iniciales para ser aceptado en la institución religiosa como aval de adaptación y aceptación de esa vida, de ese encierro.

Ardua labor sobre sí mismo implica el desprenderse de ese personaje que se había sido en el mundo del afuera del convento, fuerte trabajo que marcará las vías que conduzcan, paulatinamente, a ser ese "otro" personaje habitante del universo monacal.

En principio es necesario desprenderse de toda posesión personal, propiedad o pertenencia significativa, vinculada al yo como singularidad, al yo como diferencia.

Lo más significativo de toda referencia es el nombre propio, baúl de las identificaciones, vinculado directamente con el yo, con la imagen de sí mismo. Al insertarse en la vida conventual, el nombre propio se deja "fuera", siendo asignado un nuevo nombre, un lugar, una posición dentro de la clausura.

Hay un desplazamiento, una renuncia, ¿acaso un olvido?

Errancia del yo, traslado de lugar donde los viejos signos apprehendidos tendrán que coincidir con las disposiciones que la clausura implica.

Clausura del yo, de lo antiguo que lo habita, para acceder a lo que ese encierro pudiera "abrirle".

Se busca, en ese "adentro", disminuir al yo, minimizarlo, promoviendo la entrega total a la voluntad de otro y paradójicamente es el propio sujeto, dominándose a sí mismo, siguiendo los ordenamientos que marca la institución, quien trabaja arduamente para posibilitar el abandono de su subjetividad a los mandatos de otro.

"Como súbdita o esclava debo tener presente que no soy dueña ni aún del más insignificante movimiento de mi voluntad ni de mi razón. Mis reglas y superiores son la viva voz de Aquél a quien le he entregado cuanto soy."⁸

La clausura encierra a un sujeto, objeto de su discurso, transformado en sujeto de clausura.

A diferencia de otros encierros institucionalizados, donde los sujetos se resisten y oponen al discurso que persigue el control y el sometimiento, en la clausura religiosa es "esa verdad" discursiva hecha propia, asimilada al propio desear del sujeto, lo que permite

⁸ Fragmentos del discurso de una monja de clausura.

sostener la existencia y el funcionamiento de la vida conventual, de ese modelo discursivo y del acatamiento a sus leyes.

"Esa verdad" que el discurso de la institución hace suya, es un encierro más dentro de la clausura: es la demarcación de una verdad que se convierte en la única, diferenciada, hecha "la verdadera" en relación con cualquier otra posible.

Encierro discursivo en la medida en que utiliza procedimientos de exclusión de otros discursos, invalidándolos, satanizándolos, prohibiéndolos.

Discursos que marcan sus propias fronteras, construyendo clausuras. Discurso del encierro voluntario institucionalizado, de la vida religiosa, donde son pronunciadas las características singulares de su funcionamiento y de los roles a seguir, con el fin de sostener la lógica institucional que ha absorbido cada deseo subjetivo; deseo de uno y de otro, confundidos.

Discurso que penetra al sujeto conservando, a su vez, zonas impenetrables para quien se adhiere a él. Crea imposibles dentro de sí mismo, genera límites, bordes infranqueables, generando deseos de saber que hay más allá de sus líneas divisorias; discurso que atrapa, cautiva, edifica cautiverios, encerrando sujetos, sujetos a su encierro.

Como Asterión todos somos cautivos de un encierro.

A diferencia de Asterión, no todas las clausuras nos conducen a transitar por corredores con infinitas puertas, por pasillos que conducen a patios infinitos, no todas las clausuras son voluntariamente habitadas, ni todos los encierros son pensados como lugar de posibles aperturas.

III

Al interior del universo conventual se alza una diferencia: habitar de una realidad aparte. Realidad que, legítimamente, modifica los códigos de lo social para crear los suyos, para sostenerse a un ritmo propio. Realidad aparte donde la exclusión se vive como privilegio: es la vocación la que marca esa diferencia y exclusividad distintiva.

Surge una diferencia territorializada, alzando los límites que enmarquen su clausura. Diferencia que exalta al excluir, exaltación

que pone en juego sus reglas propias, su particular lógica, su distinción sobresaltada.

Es puesto en juego un otro, extranjero: mujer exaltada en la clausura, mujer encerrada, excluida, habitante de territorios ajenos.

En el encierro ciertos rasgos se repiten como un canon incesante, encontrando su espacio de expresión, emergiendo con toda su fuerza. Repetición de algo exaltado en la clausura, pero procedente de ese afuera del cual está excluida; exaltadamente se repiten rasgos, gestos, pequeños detalles que, quizás, pasen imperceptibles en el afuera de su universo.

Sometimiento femenino, (¿voluntario?) a lo proclamado por otros, parece perpetuarse y engrandecerse en estos territorios del encierro monacal.

Repetición incesante, en el adentro de la clausura, de aquello que la caracteriza y diferencia respecto al exterior, transformándose en los rasgos comunes a sus habitantes, homogeneizadas. Diferencia que indiferencia.

IV

En la clausura conventual, un cuerpo es recodificado: el deseo en él encerrado se clausura en los límites del universo discursivo que al interior del microcosmos conventual rige.

El deseo de cada una de sus habitantes busca y encuentra sus modos de expresión: un sinfín de deslizamientos para hallar los intersticios a través de los cuales poder "salir", sin sobrepasar los límites de ese orden donde su actuación está sumergida. El cuerpo, encierro y expresión del deseo, se vuelve doble encierro y por ende, doblemente expresivo en el escenario conventual: su carnalidad, sus sensaciones, su contacto y hasta su nombramiento mismo, son negados y relegados para esta lógica.

Deseo y cuerpo que lo delimita, encuentran sus modos de expresión de goce y satisfacción en el mismo mandato discursivo, en la ley que ordena su sometimiento, encontrando justamente ahí su goce. Deseo de someterse a la ley y gozar la sumisión.

"... y se ofreció como víctima de hostia y abandono, hostia es... es un sacri... hostia es víctima y abandono... pus... haz de mí lo que te plazca... entonces Dios se ve que le cogió la palabra y... tuvo esa

enfermedad...ella era tan fuerte y... no se quejaba... no se quejaba ¿verdad?... pero no era tampoco masoquismo, sino que ella estaba bien identificada con su vocación ¿verdad?..."⁹

La ley: en ella se esconden los placeres que prohíbe, el goce que veda.

Sometimiento al sufrimiento, al sacrificio, la mortificación y el dolor como castigos, son deseados y se convierten en entidades altamente valoradas para esta lógica.

"El humor masoquista consiste en lo siguiente: la misma ley que me prohíbe realizar un deseo bajo amenaza de castigo, se convierte ahora en una ley que impone primeramente el castigo y me ordena, en consecuencia, satisfacer el deseo."¹⁰

En la clausura del deseo, este se desliza invirtiendo los términos para su satisfacción, las cargas sexuales de Eros se neutralizan, desplazándose a Thanatos (sexualizado): proceso donde los términos dinámicos de la obtención de placer se invierten pervertidos. El placer no es deseado voluntaria y conscientemente, es excluido como finalidad, se renuncia a él, se deniega y los esfuerzos voluntarios se encaminan al encuentro con el dolor, el sufrimiento y el sacrificio, constituyéndose un dolor que resulta placentero por ser la finalidad buscada: sufrir, para redimir.

Deseo clausurado en tanto no tiene posibilidad de salir más que a través de los espacios "abiertos" desde la clausura, invirtiendo los términos de su satisfacción, desde cuya lógica encontrará el camino para expresarse: uno de esos espacios es la enfermedad. La enfermedad, al interior de este microcosmos, es un lugar común. El cuerpo manifiesta su carnalidad a través de ella: medio eficaz que posibilita gozar a través del dolor sin "salir" de lo permitido, sin transgredir. Al contrario, la enfermedad, el dolor y sufrimientos físicos avalan y exaltan las demandas discursivas de la institución, virtud y orgullo para su lógica.

La monja "sufre" una pasión.

Pasión por la cual padece, gozando a través suyo¹¹: "¿Qué decir de un padecimiento que constituye positividad, afirmación poder y acaso dicha?"¹²

⁹ Fragmentos del discurso de una monja de clausura.

¹⁰ Deleuze, Gilles. *Presentación de Sacher-Masoch*, Edit. Taurus, Madrid, 1974, pp. 90.

¹¹ Pasión, en alemán, significa padecimiento (*Leidenschaft*: *leid*: pena /*leiden*: sufrir).

¹² Trías, Eugenio. "Tratado de la Pasión". Edit. Taurus, Madrid, 1984. pp. 29.

"Voto de siempre padecer, es padecer siempre, para que haya pecado se necesita que haya pasado una hora sin haber experimentado una mortificación o un dolor voluntario..."

"Sí, el amor te dará dolor y el dolor aumentará la grandeza de tu amor..."¹³

Hostigamiento del yo que es virtud por medio de la cual se "acorta" el acceso a ese lugar de "paz eterna", como ellas llaman a la muerte, que es meta y destino: entre más sufrimiento presente, mayor será el placer futuro, esa es la consigna, donde en ese dolor presente se encuentra "algo" de ese placer que es promesa futura.

"Hablamos de erotismo todas las veces en que un ser humano se conduce de una manera que presenta con las conductas y juicios habituales una oposición contrastada. El erotismo deja entrever el reverso de una fachada cuya correcta apariencia jamás queda desmentida: en el reverso se revelarán sentimientos, partes del cuerpo y maneras de ser de las que solemos tener vergüenza."¹⁴

Desde la materia corporal, el deseo tiene posibilidad de expresión, de manifestar su hambre, buscando los senderos, las vías de expresión a través de las cuales intentará "salir" de su encierro.

Cuerpo: universo semiótico en tanto puede manifestarse por un deseo que lo nombra y lo inscribe en el universo significativo, regalándole forma y sentido individual, único e irrepetible.

Decir del deseo que se expresa más allá de la voluntad subjetiva de evidenciarlo o no, más allá de la conciencia de su manifestación en la palabra, en el acto, desde ese lugar que corresponde a su encierro el deseo encuentra sus modalidades de expresión: rutas de escape, orilladas en sus desplazamientos singulares, por la prohibición, por la ley.

"Nuestro pobre y miserable corazón es tan pequeño que no acierta a padecer sino de insignificante manera, buscando siempre un consuelo en el dolor."¹⁵

A través del cuerpo y su expresión, se inscribe la pertenencia a determinados grupos sociales; el trabajo que sobre él realiza el universo social con sus leyes, obtiene visibles resultados: cuerpo y deseo son modelados desde el orden discursivo, construyendo sujetos identificados con ciertos escenarios con determinadas realida-

¹³ Fragmentos del discurso de una monja de clausura.

¹⁴ Bataille, Georges. *El Erotismo*. Edit. Tusquets. Barcelona, 1988.

¹⁵ Fragmentos del discurso de una monja de clausura.

des, con partes específicas de ese gran universo conformador de su ordenamiento.

En la clausura el cuerpo se re-codifica: el deseo en éste encerrado, clausura y se clausura dentro de los límites de ese universo discursivo. Cada personaje de su habitar encontrará ahí sus modos de expresión singulares a través de las codificaciones que determinan sus deslizamientos, sus salidas, su actuación.

"Así debe ser nuestra vida, una inmolación constante, oculta, silenciosa. Que los hombres no se den cuenta de ella, pero que Jesús aspire el perfume exquisito de nuestro sacrificio."¹⁶

"Y hasta me dijo: mire, –era una misa de difuntos– que aquí tiene que comprender que usted muere para el mundo. Y ahí iba yo, llore y llore, todavía oía los lamentos de mi mamá..."¹⁷

"Morir para el mundo...vivir para Dios", impronta que surge como punto de partida de una ambivalencia, confusión de los límites entre vida y muerte que al interior de la vida conventual pareciera evocarse sin cesar.

Morir para el mundo con la finalidad de vivir entregadas a la vida religiosa de clausura, implica un traspaso de límites, de fronteras, relevante pasaje de un territorio a otro. Traslado que implica un profundo cambio, no sólo de espacio, de lugar (dentro-fuera/inclusión-exclusión) sino de situación, de estado. Se "deja" la vida, muriendo para el mundo, para vivir "otro" mundo, con otros fines, otro destino y sentido del que se ha dejado "afuera".

Paradójica y confusa metamorfosis: de haber muerto se ha pasado a vivir.

Ambivalencia marcada desde sus comienzos; duda que nos nace como espectadores de este singular universo respecto a los límites que en él existen entre vida y muerte, ambigüedad que despierta al surgir los términos que componen el sentido de su existencia.

De ser sujetos que "han muerto"(para el mundo) se convierten en re-animados, desde el preciso instante en que han entrado a la clausura.

Paradoja extraña la del enclaustramiento en la vida religiosa:

Han "muerto" para vivir, estaban vivas y murieron, "renacidas" a posteriori, al ingresar al convento.

¹⁶ Fragmentos del discurso de una monja de clausura.

¹⁷. Fragmentos del discurso de una monja de clausura.

Al parecer la muerte ha quedado "fuera" de la clausura: la muerte ha sido clausurada.

A su vez, el tiempo mismo es clausurado, para vivir un tiempo otro, tiempo que juguetea con la imagen de eternidad, incesante, *sinfin*, perpetuo.

"Lo que quería aquí el Señor... (que unas lo percibieran mejor que otras era lógico y normal)... que poco a poco y al correr de los siglos... digo... de los tiempos... de los años... entendiera yo cuál era la idea de esta congregación..."¹⁸

Muerte que ha muerto, quedando "fuera" de ese universo y convierte a sus habitantes en fantasmas que la rebasan situados "más allá" de ella. Ahora sólo resta vivir tal como indica el discurso religioso, para ganar la promesa futura en espera de esa "vida eterna" que la religión proclama.

En el acto de "cerrarse a todo" restringiendo múltiples aspectos de la vida, que conlleva el clausurarse en una existencia conventual, se da paradójicamente una apertura ya no a todo sino "Al Todo", búsqueda incesante de un encuentro con lo absoluto, representado en este caso por la idea de Dios. En esa apertura al Todo, después de haberse cerrado, clausurando todo, se mata al pasado, al yo (negándolo continuamente): muerte del deseo personal en pos del nacimiento de un destino y deseos colectivos; muerte del tiempo y de la vida exterior a ese interior que es el convento.

Negación tras negación, lógica paradójica de esa existencia en la clausura religiosa: en tanto se anulan *son*, en tanto niegan sus íntimos y más subjetivos deseos existen y tienen *su* lugar en la clausura. He ahí la positividad, la dirección de su transcurrir, su especial visión del mundo y de la vida reducido a ese microcosmos que es el mundo para ellas. Singular existir en la vida religiosa, en la enclaustración voluntaria de un sujeto que exalta nuestros encierros, nuestras propias clausuras, tal vez menos evidentes, tal vez más desapercibidas, dándonos una perspectiva insospechada de nuestro mundo a las afueras del suyo. Llegamos al portón de fierro gris, demarcación fronteriza, punto de partida y lugar de conclusión (desde nuestros referentes) de un breve recorrido por el interior de un universo clausurado. Dejamos atrás sus corredores y pasillos, sus puertas entreabiertas y cerradas... sus sombras, miradas curiosas, deambulantes siluetas.

¹⁸ Fragmentos del discurso de una monja de clausura.

Dejamos, entre los muros de piedra, su lenguaje de códigos ocultos: las palabras, los ecos... rumores de un silencioso discurso.

El viaje a su interior ha terminado: nos acercamos a las fronteras... portón que entreabre su encierro y nos deja "salir" de su espacio clausurado para "entrar" al nuestro, este otro cosmos encerrado, en el afuera de sus terrenos. Un portón se cierra a nuestras espaldas.